

“De las diversas naciones y lenguas que pueblan la California”
p. 215-230

Miguel del Barco

Historia natural y crónica de la Antigua California. Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas

Miguel León-Portilla (edición, estudio preliminar, notas y apéndices)

Tercera edición corregida

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

CXVI + 584 p.

Figuras y mapa

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias / 3)

ISBN 978-607-30-1674-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de mayo de 2020

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



DE LAS DIVERSAS NACIONES Y LENGUAS QUE PUEBLAN LA CALIFORNIA¹

“Este nombre *nación*, en América, generalmente hablando, tiene distinta significación que en Europa; aunque en Europa suele también tomarse de diferentes maneras. En Europa se da nombre de una nación a los que viven en cierta extensión de terreno, o bajo de cierto dominio, sean o no de un lenguaje. En la América, por lo regular, no habiendo entre los indios que ahora se conquistan, ni distinción o límites de provincias, ni separación de dominios, cuales se hallaron en los dos imperios de México y de Perú, se reputan por una nación todos los indios que usan un mismo lenguaje, sean pocos o muchos; bien que vivan cerca unos de otros; bien que derramados en distantes rancherías; o que si se diferencian en el idioma, es poco, por ser unas lenguas dialectos de las otras, de modo que puedan entenderse entre sí mismos. Cuando el lenguaje es entre sí tan diferente, que no pueden entenderse unos con otros, entonces se llaman diversas las naciones; sin que esto impida que algunas veces tomen el nombre las naciones, no tanto de la lengua, como del paraje en que viven o de algunas otras circunstancias tales.

Sobre las naciones que pueblan la California ha habido variedad de dictámenes, porque la ha habido sobre sus lenguas. Algunos misioneros han escrito que las lenguas de esta península son seis; otros dicen que son cinco, y finalmente el padre Taraval, con otros, las reduce a solas tres. Esta diferencia nace de que las que unos han juzgado lenguas entre sí diversas, otros, haciendo examen más profundo, han creído que sólo son dialectos de una misma, tan poco diferentes que no merecen el nombre de idioma distinto.

¹ Los primeros párrafos de este capítulo, como Del Barco lo indica claramente entrecomillándolos, están tomados del comienzo del correspondiente capítulo V de la *Noticia de la California* (Véase Miguel Venegas, S. J., *Noticia de la California* (reproducción de la de Madrid, 1757), 3 v., México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943).

En la variedad que por esta razón se encuentra en las relaciones, creo se debe preferir el dictamen del padre Taraval, como uno de los más prácticos en todos los países, y que dice haberlo averiguado por sí mismo. Tres son (dice este hábil misionero), las lenguas: la *cochimi*, la *pericú* y la de *Loreto*. De esta última salen dos ramas, y son: la *guaycura* y la *uchití*; verdad es que es la variación tanta, que el que no tuviera conocimiento de las tres lenguas, juzgará no sólo que hay cuatro lenguas sino que hay cinco. Los indios no se entienden sino en unas cuantas palabras que significan lo mismo en las tres lenguas de *Loreto*, *guaycura* y *uchití*. Y éstas son bien pocas. Puede ser que, de dos lenguas, se formasen estas tres variaciones, y entonces serán cuatro, pero contadas de diverso modo. Igual a las lenguas son las naciones principales descubiertas que pueblan la península, dividida la cual en tres partes casi iguales,² está poblada la primera hacia el mediodía, desde el Cabo de San Lucas, hasta más acá del puerto de La Paz,³ de la nación *Pericú*, o siguiendo la terminación castellana, de los *pericúes*; la segunda, desde La Paz hasta más arriba del presidio real de Loreto, es de los *Monquis*; la tercera, desde el territorio de Loreto, por todo lo descubierto al norte, de la nación *cochimi*, o de los *cochimiés*. Sin embargo, es de notar que en el territorio de una nación y lenguaje suele haber algunas rancherías de las otras lenguas y naciones. Demás de esto, estas naciones generales se subdividen en otras menores, a que se añade que una misma lengua suele tener diversos nombres, y las rancherías y naciones pequeñas suelen tomar el nombre, no de la lengua, sino de otras circunstancias, como ya insinuamos.

Para proceder con la claridad posible entre tanta confusión, y no tropezar después, es de notar que en la lengua de la misión de *Loreto Conchó*, donde está el real presidio, y que es la capital de todas las

² Al pie de página incluye Del Barco en su manuscrito la siguiente nota: "Cuando esto se escribió [por Venegas] sólo llegaba la conquista y cristiandad hasta la misión de San Ignacio y su partido [o sea la jurisdicción de éste]."

³ Dado que en este párrafo, tomado de la obra de Venegas y Burriel, se está citando el parecer del antiguo misionero Sigismundo Taraval, creyó pertinente nuestro autor poner aquí la siguiente nota al pie de página en su manuscrito: "Escribía [Taraval] en la misión de San José del Cabo, de San Lucas."

misiones, tienen particulares vocablos con que apellidan a las naciones que pueblan la península, relativamente al paraje donde moran. A los indios que caen al sur o mediodía de su territorio, llaman *edú*, o *eduú*, y según la terminación castellana, *edúes*; a sí mismos se llaman con vocablo general, *monqui* o *monquis*, y a los que habitan al norte de Loreto, llaman *laimones*. Estos tres nombres se han hecho bastantemente comunes en la California, extendiéndose su uso desde la capital, y usando unas veces unos nombres y otras otros las relaciones, puede ser muy grande la confusión. Por esto, es justo advertir que los *edúes* son los mismos que los *pericúes* del sur, aunque el nombre de *edúes* no sólo comprenda a éstos, sino también a algunas ramas de la nación general de Loreto o de los *monquis*. Los *laimones* son los mismos que los *cochimíes* del norte, aunque el nombre de *laimones* no sólo comprende a éstos, sino también a algunas rancherías de la misma nación *monqui* o *lauretana*.⁴

La palabra *edú* es de la lengua cochimí y significa gente de otra lengua, que vive por la parte de mediodía, respecto de ellos. Así la usan y la entienden los cochimíes de la nación de San Javier (los cuales más usan en estos tiempos del vocablo *adú*, que del *edú*, habiendo mudado la E en A en ésta y otras muchas palabras de cincuenta años a esta parte). Y, por consiguiente, respecto de éstos, son *edúes* todos los guaycuras, sus confinantes, y todas las naciones que hay, desde su tierra hasta el Cabo de San Lucas con todos sus individuos; porque todos éstos, respecto de dichos cochimíes, caen a la parte de mediodía y son de diverso idioma que ellos. Siendo, pues, la palabra *edú* tan genérica, que comprende varias naciones, de las cuales cada una tiene su particular nombre, con que se distingue de las demás, será más acertado no usar este vocablo para evitar equivocación y confusión: ni en la California se usa de él, hablando en castellano. La palabra *cochimí* significa gente que vive por la parte del norte, desde ellos en adelante. Y como esta gente, desde Loreto exclusive, o desde San Javier inclusive, corre hacia el norte, por todo lo desconocido, hasta el grado 33 de latitud, con corta diferencia, teniendo el mismo lenguaje en su raíz, aunque muy variado, se reputa por eso una sola nación. Y, no teniendo nombre general que

⁴ Concluyen aquí los párrafos tomados de la *Noticia de la California*.

la comprenda toda, se le da comúnmente en la California el de *cochimi*, y en castellano llamaremos a esta nación los *cochimiés*.⁵

Los *pericúes* habitaban, como queda dicho, la parte más meridional, desde el Cabo de San Lucas por espacio de treinta a treinta y cinco leguas hacia el norte, ocupando la mayor parte del sur. Además de estos *pericúes*, algunas familias de esta misma nación poblaron algunas islas del Golfo, como son las de San José y del Espíritu Santo.⁶ Después del territorio de los *pericúes* (a quienes en la California vulgarmente llaman *pericos*), se sigue el de la segunda nación, que ocupa todo el terreno que hay hasta Loreto, y aún un poco más adelante. Divídese ésta en *uchitíes*, *coras*, *aripes*, *guaycuros* y *monquis*.⁷ Las tres primeras nacioncillas (ramas de los guaycuros), tenían su asiento dentro del sur, y se reducía cada una a una sola ranchería. La mayor de ellas era la de los *uchitíes*, los cuales confinaban con los *pericúes*, de suerte que, caminando de la tierra de estos últimos hacia el norte, se encontraban primero los *uchitíes*, después se seguían los *coras*, que tenían su asiento hacia el sureste de La Paz. Poco más al norte, y en la misma orilla de la bahía de La Paz, por el lado del poniente, está el sitio de los *aripes*, ranchería menor que las dos primeras. Tres leguas distante de los *aripes*, y también en la orilla de la misma bahía de La Paz, había una ranchería de guaycuros de la misma lengua y dialecto que usan los demás guaycuros, que habitan fuera del sur. Estos guaycuros de La Paz son los que llaman *callejúes*, nombre

⁵ Las consideraciones formuladas, con base en la documentación que se conserva, por el investigador norteamericano William C. Massey, confirman lo que aquí expone Del Barco. Massey describe además a los *cochimiés* como “yumanos peninsulares”, para destacar así su relación lingüística con otros grupos de la familia yumana. Véase William C. Massey, “Tribes and Languages of Baja California”, *Southwestern Journal of Anthropology*, The University of Chicago Press, Illinois, v. 5, n. 3, otoño 1949, p. 272-307.

⁶ También en este punto concuerda lo expuesto por Del Barco con las investigaciones más recientes llevadas a cabo con base en otros testimonios.

⁷ Relaciona lingüísticamente a los *guaicuras* con los otros grupos “o nacioncillas” cuyos nombres proporciona. Sobre esta materia ofrece, a modo de resumen, el ya mencionado Massey, el siguiente cuadro de parentescos lingüísticos: *Guaicuras* (con los *guaicuras* propiamente dichos y los *callejúes*). Los *huchitíes* (si bien relacionados con los *guaicuras*) comprenden a su vez a los *coras*, *huchitíes*, *aripes* y *pericúes*. En el caso de los *pericúes* (cuya relación se mantiene con los *guaicuras*) abarcan a los “isleños” y a los *pericúes* del extremo sur de la península; Massey, “Tribes and Languages...”, p. 303.



particular de su ranchería, y no de nación distinta de los *guaycuros*. En este sitio de los *callejús* se estableció la primera misión del sur con la advocación de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, teniendo también a su cargo el misionero la reducción y administración espiritual de las ya dichas nacioncillas vecinas, *aripes*, *coras* y *uchitíes*, las cuales siempre reconocieron por su propia misión la de nuestra Señora del Pilar, y no otra alguna.

Antes de pasar adelante debemos notar que en la primera edición de esta obra se confunden los *coras* con los *pericúes* en varios lugares de ella, y especialmente en el presente párrafo se dice a la página 65 que “la nación de los *pericúes* se divide en varias nacioncillas pequeñas de las cuales la más nombrada es la de los *coras*, nombre propio de una ranchería que se ha comunicado después a algunos pueblos, y al río (mejor diremos riachuelo o arroyo) que desagua en la bahía de San Bernabé”.⁸ En otras partes, hablando de la misión de Santiago, se dice *Santiago de los coras*, y tratando de los indios de la misión de San José del Cabo, dice: *los coras del Cabo de San Lucas*, etcétera. El que informó de esta suerte a nuestro autor parece que no había estado en la California, por lo menos en el sur, y ciertamente no tenía conocimiento de aquellas gentes, y los nombres que había oído de estas naciones los confundió y se equivocó. Los que hemos vivido muchos años en la California de misioneros, y algún tiempo también en el sur, cuando aún existían las dichas nacioncillas en sus territorios respectivos, extrañamos mucho, cuando se publicó esta historia, lo que en ella se dice de los *coras*. Y no sólo los misioneros, sino también todos los demás prácticos del sur, extrañarían igualmente lo que dejo notado en este asunto.

En obsequio de la verdad decimos que la nación de los *pericúes* no se divide, ni se ha dividido jamás, en las ya dichas nacioncillas ni en otras. Ni los *guaycuros*, ni los *uchitíes*, ni los *coras* eran ramas de la nación *pericú*, como se dice en otro lugar de la citada primera edición.⁹ Los *pericúes* son una nación totalmente separada de las dichas naciones, y especialmente de los *coras*, así en territorio como en lengua, trato y parentesco. El riachuelo o arroyo que desagua en

⁸ Cita aquí Del Barco la *Noticia de la California...*, 1943, p. 65.

⁹ Tercera parte, capítulo XVI, en *Noticia de la California...*, 1943, t. II, p. 241.

la bahía de San Bernabé nunca se ha llamado *río de los Coras*. Las misiones de Santiago y de San José del Cabo se establecieron en territorio de los mismos pericúes, a que después se añadió la misión de Santa Rosa para los que vivían de la otra parte de la sierra y eran de la misma lengua y nación pericú, la cual con ninguna otra estaba ni está mezclada. Jamás ha habido *coras del Cabo de San Lucas*, ni *Santiago de los coras*. Uno y otro paraje eran y son de pericúes puros, y están bien lejos del que era propio de los coras. Ni tales denominaciones se oyeron alguna vez en la California y menos en el sur; ni aun concurrieron los coras y pericúes en tener una misión y un mismo misionero; porque éstos últimos solos tenían las tres misiones que acabamos de decir. Todos los demás, que habitaban en el sur, pertenecían a la misión del Pilar de La Paz, y entre ellos los *coras* que vivían no muy lejos de la misma Paz.

Caminando del sur para el norte, a pocas leguas después de La Paz, se sale de la tierra que llaman sur, y comienza el territorio de los guaycuros que, de un mar a otro, se extiende hacia el norte por espacio de setenta leguas hasta tropezar con la tierra de los cochimíes, pertenecientes a la misión de San Francisco Javier, que toda es mediterránea y sin mar. Esto, no obstante, prosigue la tierra de los guaycuros por la costa del océano, como quince leguas o más, hacia el norte; y por la parte del seno californico se hayan los monquis o nación de los de Loreto. De suerte que éstos últimos, por el oriente, y los guaycuros, por el mediodía y occidente, tienen encerrados a los cochimíes de San Javier, sin dejarlos un palmo de playa propia, y sin poder ir al mar sino estando en amistad y con beneplácito de dichas naciones.

De San Javier en adelante sigue la nación de los cochimíes, sin alguna interrupción, por toda la tierra y sus costas, hacia el norte, hasta la altura de 33 grados poco más o menos, en donde el padre Wenceslao Linck en su viaje, de que arriba hicimos mención, se halló sin lengua,¹⁰ porque ni él mismo ni los indios que llevaba consigo pudieron entender palabra de cuanto hablaba la gente de aquel país, y no dudaron de que éste era diverso idioma que el cochimí. Acaso es el mismo que hablan los habitantes de las márgenes

¹⁰ “Se halló sin lengua”, es decir, sin alguien que pudiera servir de intérprete.



del río Colorado, de donde aquella gente no podía dejar de estar cerca. Si realmente esta lengua es diversa en su raíz de las demás de la California, contaremos en ella cuatro diversas leguas. Mas, no teniendo nosotros más noticias de este último idioma, que las que acabamos de dar, bastará el haber insinuado esto hasta que los conquistadores de aquel dilatado país, con más conocimiento, nos instruyan en este punto. Entre tanto sólo hablamos de las tres lenguas y naciones bien conocidas en la península hasta el año de 1768.

Aunque decimos que los cochimíes (que corren desde el grado 25 de latitud hasta el 33, con poca diferencia) son una sola nación, porque son de una misma lengua, debe entenderse que es una misma en su raíz la lengua; pero se va mudando y variando según va más al norte, de suerte que, a dos o tres jornadas, aun los mismos indios con dificultad se entienden, y a mayor distancia, es mayor la dificultad. No obstante, se conoce ser radicalmente la misma lengua; porque conserva varias palabras en todos los dialectos sin mutación, y en el mismo significado. En otras muchas sólo varían la inflexión y terminación, y así de otras mutaciones semejantes. Hemos hablado de las lenguas y naciones, según se hallaban en su gentilidad y aún en muchos años después de la conquista. Digamos ahora el estado en que se hallan al presente.

La lengua y nación de los cochimíes se conserva en todas sus misiones y, aunque en algunas de las más antiguas, hay muchos que saben hablar castellano, sólo usan de este idioma para hablar con aquéllos que no saben el suyo cochimí. De las mujeres es muy rara la que sabe el castellano. La nación de los monquis o lauretanos, que siempre fue pequeña, después de las epidemias de viruelas y otras varias que ha padecido, se redujo a mucho menor número y se juntaron todos en Loreto, en donde forman un corto pueblo. Su lengua nativa puede decirse que ya se perdió, y sólo quedan algunos, bien pocos que, aunque hablan el castellano, saben también la lengua antigua de su país. Los demás ni aun saben esta última, porque con la continua comunicación que ellos, sus padres y abuelos tuvieron con los soldados, marineros, sirvientes y otros, los indios lauretanos de ambos sexos de cincuenta y más años a esta parte, han hablado el castellano con tanta expedición y tan bien como si hubieran nacido y criádose en España. Y como los que ahora existen,

desde niños se han criado en esta lengua, la aman como propia: ni sus hijos aprenden otra que la castellana; porque no oyen a sus padres ni a otros hablar entre sí, ni con ellos, en otro idioma. A quien sabe lo que son indios y la suma adhesión que tienen a su lengua, parecerá esto increíble, pero realmente es así como llevo dicho sencillamente y sin exageración.

La rama más extendida de esta segunda lengua, que es la de los guaycuros, se conserva en dos misiones, que son la de Nuestra Señora de los Dolores y la de San Luis Gonzaga, con su idioma antiguo, que llamamos la lengua guaycura, y muchos de ellos saben también la castellana. En cuanto a las demás ramas de esta lengua, la uchití se acabó, porque se acabó esta pequeña nación con guerras y enfermedades. Las otras nacioncillas de coras y aripes, reducidas ya a muy corto número de individuos, se pasaron el año de 1749 (juntamente con los guaycuros callejús de La Paz, y su misionero), a poblar el sitio de Todos Santos, que acababan de evacuar los pericúes, para irse a vivir con sus paisanos, los pericúes de Santiago. Quedan, pues, en dicho pueblo de Todos Santos, unas reliquias de los coras y aripes y de su lengua. La nación pericú que, por guerras, pestes repetidas y otras enfermedades, ha padecido muy grande disminución, se conserva en los pueblos de Santiago y San José del Cabo. La mayor parte de esta gente habla ya el castellano, y se puede conjeturar que éstos, después de algunos años, dejarán del todo su lengua materna como hicieron los de Loreto con la suya. Éstas son las lenguas y naciones que se hallan en toda la península propiamente tal, casi toda reducida, y en lo restante reconocida, por los jesuitas.¹¹

“Pero demás de éstas,¹² hay otras descubiertas por el lado del continente de la Pimería, de que también se debe hacer mención, como pertenecientes al territorio de la California. El padre Kino refiere que, habiendo caminado desde la Pimería al río Colorado, y atravesado éste en el paraje, por donde recibe las aguas del Gila, halló en las riberas de este río, por el lado de la California, la nación de los *bagiopas*, la de los *hoabonomas* y la de los *iguanas*, *cutuguanes*,

¹¹ Digno de ser tomado en cuenta es este cuadro de la distribución lingüística en la península, al tiempo de la salida de los jesuitas.

¹² Los párrafos entrecorillados, que a continuación incluye Del Barco, están tomados de la *Noticia de la California...*, 1943, p. 66-67.

o *cueganas*. En su mapa coloca a los *bagiopas* cerca de la embocadura del Colorado y a los *hoabonomas* un poco más arriba de éstos, a la mano derecha de este río, enfrente de los *yuma* y *quiquimas*, que pueblan la izquierda. El mismo padre coloca más arriba de la unión de Gila y Colorado, a la mano izquierda de éste, a la derecha de aquél, y entre los dos, a la nación de los *alchedomas*, tendida en la ribera izquierda del Colorado, en muchas y numerosas rancherías, vecina a los *opas*, y *cocomaricopas* que pueblan las riberas del inmediato río Gila. Añade que un indio cocomaricopa le aseguró que, a la otra banda del río Colorado, del lado de la California moraba una nación llamada de *Cuculatos*, desconocida hasta ahora, y de la cual no se halla otra noticia. Las demás naciones que habitan las tierras entre el río Colorado, y los puertos de Monterrey, del cabo Mendocino y lo restante a lo largo de aquellas costas, son casi del todo desconocidas, y nada se puede afirmar de ellas con la seguridad, que pide la buena fe debida al público.

Resta decir, que los californios de todas las naciones hasta ahora reconocidas, son bien formados y de talla mediamente corpulenta y bien hecha. El rostro no es desapacible, aunque en los gentiles y en los cristianos, que se bautizaron adultos, le afean los grandes agujeros con que horadaban las orejas y aun también las narices. El color de los playanos es por lo común más tostado y oscuro, que el de los otros californios, que viven en las sierras retirados del mar; porque estos últimos son en su color como los indios de Nueva España. También son, por lo general, robustos, de buenas fuerzas y de sana complexión.

No se ha encontrado, hasta ahora, que los californios hayan sabido el artificio maravilloso de las letras, con las cuales hablamos a los ausentes, y con que pueden conservarse las memorias de los siglos pasados.”¹³ Antes bien, les causó grande admiración que se pudiese hablar a los ausentes de otro modo que por la viva voz de un internuncio, como lo da bien a entender el caso siguiente.¹⁴ Sucedió,

¹³ Concluyen aquí las líneas tomadas de la *Noticia de la California*.

¹⁴ El relato que en seguida ofrece Del Barco, lo transcribió resumido Clavijero. Véase Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, Miguel León-Portilla (ed.), México, Porrúa, 1970, p. 53. También aparece esta misma anécdota en el manuscrito anónimo debido a un jesuita misionero en California,

hacia los primeros años de este siglo, y de la conquista, que un niño de la misión de San Javier, habiendo ido a Loreto, el padre que allí estaba envió con él dos panecillos al padre Juan de Ugarte, misionero de San Javier, y juntamente cartas, en que, demás de lo que ocurría, le avisaba de los panecillos que le enviaba (lo cual en aquel tiempo era un especial regalo por no hacerse pan sino en Loreto, y esto no de continuo, sino cuando habían traído harina de la otra banda del mar). El indio en el camino probó el pan y, como le supo bien, fue comiendo hasta que acabó con todo, creyendo que, como iba solo, nadie lo sabría. Llegó a San Javier, y entregó su carta al padre Ugarte quien, viendo lo que en ella le decían, dijo al indio que le entregase lo que en Loreto le dieron que trajera al padre. Respondió, que nada le habían dado. Replicó el padre que le habían entregado dos panecillos. Volvía a decir el indio que nada había recibido. Y, como el padre aún instase sobre lo mismo, preguntó el indio: ¿pues quién dice que me han entregado eso para ti? Este lo dice, respondió el padre, mostrándole el papel. Admiróse el pobre neófito de que una cosa tan pequeña, y tan delgada, supiese hablar. No obstante, dijo que, si el papel lo dice, miente.

Dejole con esto el padre, conociendo lo que había sucedido. Pasado algún tiempo, volvió a repetirse el caso, porque, habiendo ido a Loreto el mismo indio, y encargándole allí que llevase al padre Ugarte no sé qué comestible, con carta en que le avisaban lo que le remitían, el portador en el camino quería comerlo, pero tenía miedo a la carta, de quien ya tenía experiencia le avisaba al padre lo que pasaba. Mas, apretándole la ansia de comerlo, se apartó un poco del camino puso el papel detrás de un peñasco y, escondiéndose él en otra parte, comió todo lo que llevaba y, acabado, fue a tomar su carta, y con ella prosiguió el camino. Llegado a San Javier, el padre Ugarte, leída su carta, le reconvino para que entregara lo que en Loreto le habían dado. Respondió que a él no le habían dado nada. Replicó el padre que él sabía bien que le habían entregado tal cosa para que la trajera al padre. ¿Quién lo dice?, preguntó el indio. Éste lo dice, respondió el padre Ugarte, mostrándole el papel. Pues éste miente, repuso el otro;

publicado por Homer Aschmann bajo el título *The Natural and Human History of Baja California*, Homer Aschmann (ed.), Los Ángeles, Dawson's Book Shop, 1966 (Baja California Travels Series, 7), p. 75-77.



Dos dibujos de la colección del padre Ignacio Tirsch: arriba, dos indígenas que han flechado un venado; abajo, una mujer indígena llevando una cesta con las semillas que ha recolectado y, a la derecha, un mayordomo al servicio de las misiones



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

la otra vez es verdad que yo comí el pan delante de él, mas ahora yo le escondí y me puse en donde él no me viera; pues si ahora dice que yo lo comí, miente; porque él no me ha visto comer ni sabe lo que yo hice. Por este caso se conoce bastante cómo lejos estaban los californios de tener noticia del artificio de las letras.¹⁵

“Esta prodigiosa invención, que pinta las articulaciones de la voz y da cuerpo a los conceptos del entendimiento, fue igualmente desconocida en todas las naciones que hasta ahora se han descubierto en la América. Con todo esto, los peruanos tenían algún equivalente en los *quipos* o cordeles de distintos colores y nudos, que con artificio, no sé si diga más admirable, les servían de escrituras para conservar sus tradiciones y antigüedades; y para varios otros usos del comercio humano. De estos *quipos* escriben el padre Acosta, Garcilaso Inga, fray Martín Murúa, cuyo manuscrito, alabado de don Nicolás Antonio, todavía se conserva en España,¹⁶ y otros escritores de aquel imperio. Los mexicanos usaban de símbolos y jeroglíficos extrañamente ingeniosos y de pinturas al natural de los sucesos. De este modo conservaban la noticia de su religión y de sus leyes y de sus historias y aun los derechos que tenía cada familia, siendo cosa maravillosa su cronología, ciclos y computaciones. De estos jeroglíficos y figuras pintadas hacen mención Gómara, Díaz del Castillo, Acosta, Herrera, Torquemada, Solís, Betancourt, y casi todos los historiadores de las cosas de México, como también el padre Kirquer, Gemelli Carreri, Mr. Purchase y otros autores extranjeros.

El uso de las letras en los californios sería un hallazgo de mucha consecuencia, para rastrear si pasaron o no del Asia al continente que hoy pueblan las naciones americanas, antes o después de la invención de los caracteres en Asia y en Europa, y para conjeturar a qué raza de las gentes conocidas pudieron pertenecer los primeros pobladores. Los californios son los más vecinos al Asia de todos los

¹⁵ Los párrafos siguientes, nuevamente, están tomados de la *Noticia de la California...*, 1943, p. 67-68.

¹⁶ La siguiente nota la incluye Del Barco en su manuscrito, modificando ligeramente una que aparece en la *Noticia de la California*: “En al archivo de la Compañía de Jesús de Alcalá de Henares. Por lo menos allí permanecía por los años de 1754, cuando se escribió esta obra.”

americanos en lo descubierto y reconocido. Sabemos ya cuál es el linaje de escritura de todas las naciones del Oriente. Nos son conocidos los caracteres de los japoneses, de los chinos, de los tártaros chinoses y aun de los tártaros mongoles y otras naciones situadas hacia el Golfo de Kamchatka, y sobre ellos hay doctas disertaciones de M. Bayer en las *Actas de la Academia Real de las Ciencias de Petersbourg*. ¿Qué hallazgo sería tropezar estos mismos caracteres u otros parecidos a ellos en manos de los indios americanos más vecinos al Asia? Pero por lo que toca a los californios, si alguna vez tuvieron semejante modo de perpetuar sus memorias, lo perdieron del todo, sin haberse hallado entre ellos más que aquellas tradiciones débiles que, pasando de padres a hijos por sola la viva voz, se desfiguran de unos en otros con facilidad.”¹⁷

Su contar es tan corto que, por lo común, sólo llega hasta cinco.¹⁸ Para los cuatro primeros números tienen sus particulares nombres. Los cochimíes cuentan así: *tejueg*, uno; *goguó*, dos; *kombió*, tres, y *magacúbuguá*, cuatro. Para el número cinco recurren a la mano, y dicen *naganná tejueg iñimmél*, esto es, *una mano entera*. En pasando de este número, regularmente se confunden y dicen *muchos* o *muchísimos*, sin más expresión de número. No obstante, los más despiertos y hábiles prosiguen adelante, y para decir seis, dicen: *una mano y uno*; siete, *una mano y dos*, y así de los demás hasta diez, el cual número le explican diciendo: *naganna iñimbal demuejueg*, esto es *las manos todas enteras*, entendiendo aquí por manos, los dedos de ellas. Para explicar quince, dicen: *las manos todas y un pie*. Y para el número veinte: *las manos y los pies todos enteros*. Y de aquí no hay quien pase adelante.

El año le dividen en seis partes.¹⁹ La primera llaman *meyibó*, que es el tiempo de pitahayas, y por la abundancia de esta regalada fruta, es para ellos el tiempo más alegre y apreciable, y dura parte

¹⁷ Concluye aquí la sección tomada de la *Noticia de la California*.

¹⁸ Más adelante, en el capítulo que aquí designamos “De la lengua cochimí”, proporciona Del Barco mayor información de carácter lingüístico a propósito de este idioma.

¹⁹ De sumo interés es lo que aquí se consigna respecto de la división del año. En forma resumida había incluido ya esto Clavijero en *Historia de la Antigua...*, p. 50-51.

de junio, todo julio y parte de agosto. La segunda, que llaman *amadá-appí*, comprende todo septiembre y parte de agosto y de octubre, que es cuando la tierra, habiendo llovido, se viste de verde, y es el tiempo de tunas y de pitahayas agridulces; y por esto es también para los californios tiempo muy estimable y no menos por otras semillas, que en este tiempo recogen. Síguese la tercera temporada, que llaman *amadá-appí-gal-lá*, cuando ya la yerba (que nació en la estación antecedente), va blanqueando y secándose, después de sazón; y es nuestro noviembre y parte de octubre y de diciembre. La siguiente estación, que es la cuarta, se llama *mejihél*, y comprende la mayor parte de diciembre, todo enero y parte de febrero, que es el tiempo del mayor frío. La quinta es todo marzo y algo antes y después, y la llaman *meyibén*. La sexta, finalmente, contiene parte de abril, todo mayo y parte de junio, y se llama *meyibén-maayí*. La palabra *maayí* significa cosa mala, y a esta temporda parece que la llaman mala porque es el tiempo de la mayor hambre, en que, por haberse acabado el mezcal de sazón (que no lo han comido, o por haber ya espigado y florecido, se va secando), y por haber faltado otras comidas suyas, apenas hallan en el campo con qué sustentar la vida. Por esto la estación siguiente que, por la abundancia y bondad de las pitahayas dulces, es por sí misma muy apreciable, la aumenta su estimación el salir de la miseria precedente.

Los mismos cochimíes llaman al día *ibó*, nombre que también dan al sol. A todo el año entero, llaman *meyibó*, que es el mismo nombre que, como queda dicho, dan en particular a la temporada de pitahayas: al modo que en Europa usaban alguna vez los antiguos contar los años por las cosechas de trigo o por el tiempo de ellas. Los meses los distinguen por las lunas, pero no usan de esta cuenta sino cuando más para nombrar uno o los dos meses últimos que acaban de pasar. Siendo tiempo más remoto, no cuentan por lunas sino por las estaciones del año, que dejamos notadas. Y aún más frecuentemente no se valen de este modo último de contar sino que recurren a otras señas, para decir el tiempo en que sucedió alguna cosa: como diciendo cuando cogimos la semilla, o cuando fuimos a tal parte, o cosa semejante. Todo esto debe entenderse de los antiguos californios, y no de todos los modernos; porque ahora todos los que saben hablar castellano (que son muchos en cada misión,

exceptuando las muy nuevas), saben también distinguir los meses, y llamarlos con sus nombres castellanos. Saben asimismo contar puntualmente hasta cincuenta y aun hasta cien. Pero esto ha de ser contando sencillamente, porque si quieren meterles en otra cuenta un poquito más delicada, se confunden y no aciertan.²⁰

“No han conservado noticia alguna, de paraje determinado, de donde vinieron a poblar la California. Así, los pericúes como los cochimíes, sólo han oído de sus mayores que vinieron del norte. Aunque ellos no lo dijese, es por sí misma creíble esta verdad, estando por todas partes cercada del mar la California, y sólo unida por el lado del norte a la tierra firme; no habiendo, demás de eso, fundamento para creer que vinieron por mar. No dicen cuándo vinieron; y envueltos todos en lamentable rusticidad, no parece que ha habido entre ellos quien cuente los años, ni advierta la sucesión de los tiempos, como lo hicieron los mexicanos por medio de los ciclos de cincuenta años que mencionamos poco ha. La ocasión que tuvieron para dejar las antiguas tierras del norte, y venir a poblar las de la California, dicen, por testimonio de sus antepasados, haber sido una gran contienda que tuvieron en un convite, en que compitieron muchos de naciones varias. De ella nació el acudir todos a las armas, y después de algún debate, huir los menos fuertes hacia el mediodía, persegidos de los más poderosos, hasta esconderse en las montañas de la península.

Otros dicen que la contienda fue entre dos señores, que partieron la gente en dos bandos opuestos; y vencedor el uno, obligó al otro, después de mucha matanza, a buscar el asilo de la serranía y de las islas del mar. Esto es todo lo que los misioneros han podido averiguar del origen y venida de los californios a su tierra. Donde se ve que su sencillez no les deja fundar su vanidad sobre haber venido de lejos, vistiendo su origen de fábulas bien circunstanciadas, como lo han hecho muchas naciones cultas. También es de extrañar que no se avergüencen de confesarse descendientes de los fugitivos y menos valerosos, siendo igualmente fácil fingirse hijos de los más valientes y vencedores, bien que no nos faltan ejemplares en el

²⁰ Concluye Del Barco este capítulo con la transcripción de los siguientes párrafos de la *Noticia de la California...*, 1943, p. 68-70.



mundo antiguo de esta ingenuidad; pues aun las dos famosas repúblicas competidoras, Roma y Cartago, se preciaban de traer su origen, una de los vencidos de Troya, y otra de los huídos de Tiro. Lo que puede tenerse por más cierto es haber pasado estas naciones y todas las demás de la América desde el Asia, después de la dispersión de las gentes y confusión de las lenguas. Pero igualmente puede afirmarse que hasta ahora las naciones americanas de uno y otro lado de la línea equinoccial, se ha encontrado que tuviesen memoria, conocimiento o noticia firme y clara del Asia, y del pasaje que de ella pudieron hacer a la América; como ni tampoco aun en los últimos términos del Asia, ya reconocidos y visitados por los rusianos, se ha hallado, hasta ahora, que se tuviese comunicación o noticia de los americanos. Lo que se dice en las historias mexicanas de las transmigraciones y mansiones de su nación, parece que se debe entender, sin subir tan altamente la geografía y cronología, que se tropiece con el Asia o con el diluvio, por lo menos clara y distintamente conocido uno y otro.”



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS